



DE HOMBRE A HOMBRE.—

ASI LO CONOCI

A FIN DE PALEAR un tanto las molestias de un frustrado viaje al extranjero, durante las vacaciones de 1969, torcí rumbo hacia Calama, Tocomao y San Pedro de Atacama.

En esta última localidad era la indiscutible atracción la figura humana y científica del Padre Gustavo Le Paige. En mangas de camisa, flashumando una alegría contagiante, trabajaba en su museo exagonal que él mismo había construido en esta forma para vigilar mejor a los deshonestos visitantes que le "raterlaban" piezas que tanto le habían costado coleccionar. Un cordial apretón de mano estableció un contacto como de quien hubiera sido amigo de luengos años.

Facilitó la entrega cordial el notable parecido que observé en su fisonomía con mi antiguo maestro, el P. Bienvenido Staal, franciscano cuya paternidad espiritual no podré jamás agradecer lo bastante.

Sentados frente a frente en sendas sillas de tijera, comenzamos el diálogo, que procuré se convirtiera en monólogo por lo mucho que él podía comunicar ante lo poco que yo podía decir.

—Padre, dada la justa fama de qué usted goza, pensé encontrar un grave personaje enfrascado en serias investigaciones de alto nivel científico; pero veo que usted come en la mano...

Y comenzó su comunicado como si yo hubiera sido el más importante de los hombres. Me habló de sus cinco años de permanencia en el Congo belga y sus investigaciones antropológicas en esa región. Con una sencillez fascinante me confesó cuán molesto e inquieto se sintió siempre allí. El clima, el trabajo, el ambiente hu-

mano no le satisfizo nunca. Por esos vuelos admirables de la Divina Providencia, llegó a Chile... Quiso refugiarse en el cultivo de la pintura. Me muestra un cuadro de Cristo Crucificado, bajo el cual colocó una inscripción muy decidida: "Cristo, no vengas sin tu cruz, porque, sin ella, no podré llevar la mía".

Por uno de esos vuelcos vitales que la Divina Providencia amorosamente dispone, llegó a Chile donde encontró como su centro natural. Algo como una estrella de los Magos lo condujo a esa desolada aldea —vieja como Chile— donde vio un mundo pasado oculto a ojos vulgares: los restos de razas ancestrales que hablan de miles y millones de años de vivir humano. Cuatro mil restos humanos llevaba catalogados; ahí a la vista estaban los más importantes, entre los cuales destacaba una momia acurrucada, adornada de joyas como que habría sido de una princesa, a la cual el Padre llamaba "su novia".

Preguntado sobre las conclusiones que deducía de sus investigaciones arqueológicas, respondo que todo su intento apunta a acumular datos sobre el Hombre Precolombino, cuya existencia en América es mucho más antigua que la que hasta ahora se creía. Como buen investigador, se muestra cauto en afirmaciones conclusivas; sabe de las limitaciones de las ciencias naturales cuando se trata de los orígenes y las evoluciones de los seres vivos. La naturaleza no entrega a nadie el misterio de sí misma.

Con la muerte del Padre Le Paige hemos perdido un sabio auténtico y un carácter de selección.

P. VEGA G.-

Así lo conocí [artículo] P. Vega G.

AUTORÍA

Vega G., P.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1980

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Así lo conocí [artículo] P. Vega G.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile